

desprecio y su resentimiento, ahullaron y silvaron al convoy.

Véase cuán cierto es que el pueblo conserva siempre un sentimiento profundo de los deberes del rico, por instinto, sabe esta palabra apostólica:

Que la abundancia de los unos, supla á la indigencia de los otros.

Si el mendigo romano tiene un modo propio de pedir limosna, también lo hay particular para negarla. En Francia decimos: «No tengo dinero, nada tengo, no puedo daros!» En una palabra, hablamos.

El romano no se toma tanto trabajo; en general, parece que teme las enfermedades de laringe. Acosado por algún pobre, se contenta con levantar á la altura de la barba el índice de la mano derecha, con el cual hace un signo de negación, y sigue su camino, sin volver la vista, sin mover la cabeza, sin despegar los labios. Aconsejo al viajero que no olvide esta receta. Evitará que se le conozca por un *forastière*, y no estará sujeto á peticiones importunas, y tal vez indiscretas. Al ver el gesto nacional, el mendigo dice al punto: «*Es un compatriota, no hay que hacer nada;*» y se aleja. Recordaré de paso que el napolitano tiene otro modo de negar, y es éste: echa la cabeza hácia atrás, levanta sus ojos al cielo, hace un gesto ligero, y esto es todo.

22 DE DICIEMBRE.

Nuestra Señora de la Victoria.—Banderas de los Turcos.—Jardines de Salustio.—Retratos de los procónsules romanos.—Sus riquezas.—Sus medios de enriquecerse.—Respuesta de un bárbaro.—Vía Scellerata.—Baños de Tito, de Trajano y de Adriano.—San Pedro ad Víncula.—San Sebastián.—El Moisés de Miguel Ángel.—Recuerdos cristianos, San Leon, San Pedro.—Iglesia de San Martín de los Montes.—Pinturas de Poussino.—Iglesia subterránea.—El papa San Silvestre.—Instrumentos de suplicio de los Mártires.

Un sol hermoso acababa de iluminar las

montañas de la Sabina; la temperatura era tan dulce, que atravesamos entre legumbres y plantas en plena vegetación. Para acabar nuestro viaje en el cuartel *de Monti*, tomamos el camino de la Fuente de Moisés, ó de la *Acqua felice*. Cerca de allí se encuentra la pequeña y encantadora iglesia de *Nuestra Señora de la Victoria*, que no debe el olvidar viajero. El oro, el mármol, las ricas pinturas con que resplandece esta iglesia, desde el pavimento hasta la bóveda, desaparecen ante adornos más preciosos; ya cité los estandartes tomados á los turcos después de levantado el sitio de Viena. Están enarbolados en los cuatro ángulos de la cúpula, y forman un dosel de gloria encima del altar de María. Es cosa digna de notarse, que Roma ha mirado siempre á la Virgen Santa como la protectora especial de la cristiandad contra el islamismo. Así, la milagrosa batalla de Lepanto es debida á su protección, y el homenaje del reconocimiento romano brilla en la iglesia de *Ara-Celi*. Aquí se le ofrecen como tributo los estandartes tomados en Viena, y este hecho parece ocultar un misterio. ¿Será acaso que á la Reina de las vírgenes toca combatir el mahometismo, religión de los sentidos, más que cualquiera otra? En esto vería yo una de esas bellas armonías que se encuentran á cada paso en las obras de Dios; y me parecía muy natural que no la hubiese olvidado Roma, espejo brillante en donde se reflejan las realidades del mundo superior.

Las iglesias de Nuestra Señora de la Victoria y de Santa Susana, ocupan el lugar que ántes tenían la casa y el forum de Salustio. Muy cerca de allí estaban los jardines. Aquellos jardines tan famosos en la historia de la molición romana, habían sido comprados, edificados y adornados con los despojos de Africa. Salustio, consumido por el desorden, agobiado de deu-

das y degradado por sus infamias, del rango de senador, se lavó de toda mancha abrazando el partido de César. El vencedor de Pompeya, para rehabilitar á su nuevo cort-sano, le dió el gobierno de la Numidia: El improvisado procónsul, usando de una expresión de Séneca, *desolló* de tal modo aquella desgraciada provincia, que volvió muy pronto á Roma con una fortuna escandalosa. Con la sangre y el oro de sus *administradores*, edificó un palacio tan magnífico, y jardines de tal manera suntuosos, que Messalina misma se dignó habitarlos; con esto se dice todo 1.

Al recorrer aquellas ruinas, una multitud de pensamientos os asaltan. Aquí es donde Salustio, el Verrés de la Africa, desmentía públicamente, por su conducta, los preceptos de moral que da en sus obras. ¡Y ese hombre, Dios perdone nuestra educación, fué presentado á mi joven admiración como un modelo de elocuencia y de buen gusto; se me enseñó á mirarle como á un sabio, y se cuidó de callarme los nombres de Crisóstomo y de Agustín! Por lo demás, dije á mis jóvenes compañeros, Salustio no es el único que tiene derecho á nuestra indignación. Su vida fué la de todos nuestros autores clásicos; censores desapiadados de los vicios de otro, la mayor parte de ellos hicieron sonrojar á la humanidad por el escándalo de sus costumbres. Procónsules, generales, gobernadores de provincia, todos igualaron á Salustio en sus prostituciones y desórdenes y le excedieron tal vez en sus rapiñas. Puesto que ahora se presenta la ocasión, no es inútil estudiar un momento, bajo este punto de vista, á la sociedad pagana en los hombres que eran su personificación.

La increíble opulencia de los romanos, hácia fines de la república y bajo los primeros emperadores, es un hecho conocido de todo el mundo. Cada senador, recibía

1 Tacit. *Annal.*, c. 13.

un sueldo de ciento veinticinco mil francos, 50,000 pesos; cada caballero, de cincuenta mil, 10,000 pesos, pero eso era una bagatela. Se contaban en Roma cerca de veinte mil ciudadanos tan ricos como Lúculo 1. Ahora aquel, Xerxes de toga, *Xerxes togatus*, como le llama Ciceron, no comía con menos de treinta mil francos, 6,000 pesos, y podía dar hospitalidad á veinticinco mil hombres. Crespo decía que no se era rico, cuando no se podía, con las rentas, mantener un ejército 2; y esto, según decía, lo podía él; y Crespo era menos rico que Sylla 3. L. Domitius, sucesor de César en las Galias, gozaba de cuarenta y ocho mil *arpents* de tierra 4; Antonio, el colega de Ciceron, poseía toda la isla de Cefalonia, en la cual mandó edificar una ciudad 5.

Ses paisanos de Roma eran únicos propietarios de la más grande parte de la Africa: Neron les mandó degollar y se declaró heredero de ellos 6. Cornelius Balbus dió al morir veinte francos (cuatro pesos) por cabeza á todo el pueblo romano 7. C. Cæcilius Claudius Isidorus, decía en su testamento, que á pesar de las grandes pérdidas que había sufrido durante las guerras civiles, dejaba cuatro mil ciento diez y seis esclavos, tres mil pares de bueyes, doscientas cincuenta mil piezas de otro ganado, sin contar sus tierras, sus

1 Lucullus Romanus civis (quam Cicero et Cæsar Xerxes togatum appellabant) ad virginitt quinquè hominum millia honorificentissime hospitio excipere poterat; nec tamen ipse solus id potuit in urbe Roma, quandoquidem viginti civium millia et amplius ipsa urbe comperta memorantur, qui cum Lucullo de divitiis contendere potuissent, ut ex vetustis monumentis.—Cassal., de *Splendore Urbis*, etc. pág. 422.

2 Cicer., in *Paradox.*

3 Quiritium post Syllam ditissimus.—Plin., lib. XXXIII c. 10.

4 Cæsar., de *Bello civ.*—Antigua medida de superficie para tierras y aguas, equivalente á 1,344 toesas y á la medida de Toledo. N. del T.

5 Strab., lib. X.

6 Plin., lib. XVIII.

7 Dio., lib. XLVIII, c. 10.

vilas y sus casas 1. En su vila particular, contaba Valeriano quinientos esclavos, dos mil vacas, mil jumentos, diez mil ovejas y quince mil cabras 2. Gordiano, todavía de simple particular, tenía inmensas posesiones en todas las provincias del imperio. Mientras fué edil, dió doce veces al pueblo romano presentes de gladiadores, cuyos gastos hizo de su fortuna privada. Algunas veces hizo aparecer quinientos pares de gladiadores, y nunca ménos de cincuenta. En un solo día dió cien fieras africanas; otro día mil osos de Germania. En todas las ciudades de la Campania, de la Etruria, de la Umbria, de la Emilia y del Picenum, dió también con su dinero juegos públicos, que duraron cuatro días 3. Para compendiar esta lista, que sería fácil aumentar, contentémonos con nombrar á los dos Plinio, á Séneca el filósofo y á Ciceron.

Plinio el mayor, además de las riquezas que le valían el mando de la flota romana, poseía inmensos tesoros. Lo sabemos por su sobrino. «Siendo mi tío, dice él, gobernador de España, estuvo en ocasión de vender una de sus obras á Largo Licinio, en cien mil escudos, pero se negó á ello diciendo que ya no sabía qué hacer con su dinero 4.» Plinio el joven, era incomparablemente más rico que su tío. Sin haber sido rogado, hizo á la hija de Quintiliano, el día de su matrimonio, un presente de cincuenta mil escudos 5. Romano Firmo, uno de sus amigos, recibió trescientos mil escudos para entrar en la orden ecuestre 6; y Calvina, parienta suya, una dote de cien mil escudos 7. Metelo Crispo, cuarenta mil, los niños *ingenuos, ingenii*, cincuenta

1 Plin; XXXIII, c. 10.

2 Vopisc. in Valer.

3 Capitolin. in Gord.; et Cord. in id.

4 Epist. ad Marc. lib. 3.

5 Epist. ad Quintil., lib. 6.

6 Epist. lib. 1.

7 Epist. 2 ad Calvin.

mil para su educación 1. Poseía, además, numerosas vilas de una magnificencia real. Sus dos vilas de Toscana y de Sorrento, situadas á orillas del mar, y en donde componía sus obras, eran de un lujo oriental. Tenía otras muchas en el Lacio, una en Prenesto, una en Tusculum, una en Tivoli y otra por la cual le ofrecían novecientos mil escudos 2; y en fin, para hacer más grande otra, gastó ochenta mil escudos de oro 3.

Séneca el filósofo, el preceptor de Nerón, era un moralista austero, que condenaba con energía los desórdenes de su tiempo, que declamaba elocuentemente contra los ricos. «¿Hasta cuándo, les decía, detendréis los límites de vuestras posesiones? La tierra que bastaba á un pueblo, es demasiado pequeña para un solo dueño. Todo esto es demasiado poco; es preciso que vuestras heredades, *latifundia*, rodeen mares enteros, y que vuestro administrador reine al mismo tiempo en las orillas del Adriático, del mar Jónico y del mar Egeo (4).» Ahora bien, Séneca gozaba de más de cien millones de fortuna (5). ¡Pobre hombre!

En cuanto á Ciceron, no hay uno de nosotros que no le conozca; no hay uno á quien no se le haya presentado, no solo como modelo de elocuencia, sino también de austeridad republicana y de desinterés filosófico. ¿No es él, el que ha condenado á Verrés, el que ha escrito tan bellas páginas sobre el desprecio de las riquezas, y otras tantas máximas de moral y de probidad? Pues bien, arrancadle la máscara. Ciceron, nacido en la oscuridad, autor de su propia fortuna y el primer hombre de su familia, como lo decía él un día, poseía

1 Epist. ad Camin. lib. 7.

2 Epist. ad Fabulum et ad Corelian. lib. 3.

3 Ad Calvinium Rufum. lib. 3.

4 Epist. 89.

5 Tacit., *Annal.*, XIV.

en Roma una vila que había comprado á Crespo en cosa de seiscientos mil francos 120,000 pesos. Poseía una vila real en Túsculo, con baños, mosaicos, teatros, pórticos de mármol, estatuas y otros adornos necesarios del lujo antiguo; otra en Formio (Mola di Gaeta), no ménos suntuosa; otra en Baia, de tal modo rica, que el Senado mismo, poco rigorista en la materia, quedó escandalizado; una casa en Pompeya, otra vila en Arpino, su patria; otra, cerca de Agnani, su vila de Almatea, á la cual llama él, su *alma*; por fin, en la misma Roma, y en la vertiente del monte Aventino, el austero republicano era propietario de no sé cuántas tabernas ó tiendas, con cuyas rentas, que llegaban á diez y seis mil trescientos setenta y seis escudos, pagaba la pensión de su hijo que estudiaba en Atenas 1.

¿Cuáles eran las fuentes de esas increíbles y rápidas fortunas? Había dos principales: la usura y el gobierno de las provincias. Primero se hubiera detenido al Tiber en su curso, que impedir la usura entre los romanos. Se dieron para ella reglamentos [2] y la hacían todos, aun Caton; se prestaba al quince, al doce, al cuarenta y ocho, al sesenta por ciento mensual (3). Si el deudor no podía pagar, se hacía esclavo de su acreedor, que vendiéndole en seguida, encontraba un medio seguro de indemnizarse (4). Pero, para prestar, es necesario tener dinero, y el gran medio de reunirlo era el gobierno de las provincias. Se arrendaba á la compañía de los publicanos [5] la percepción del impuesto, y la duración de las adjudicaciones

1 Cic., *ad Attic.*, XVI, 1.

2 Tit Liv., VII, 42.

3 Cic. *de Offic.*, II, 25.

4 Horat., l. p. 2, v. 14. Plut. in Caton., 45. Aul. Gell., XX, 1.

5 Administradores de rentas entre los romanos, N. del T.

era por cinco años [1]. Se adoptaron la publicidad y la concurrencia para la adjudicación del arrendamiento de los impuestos y hacían subir este arrendamiento á un precio muy alto, porque la compañía que ofrecía más, obtenía la preferencia. Había en todos grande empeño en subir las posturas, porque, la percepción, abandonada enteramente á los arrendatarios, ofrecía inmensos recursos, por su régimen, casi enteramente arbitrario. Los agricultores y los pastores, eran los únicos que sabían lo que debían pagar; los demás contribuyentes lo ignoraban, en razón de que se guardaba en secreto la tarifa legal de cada impuesto, lo cual daba á los publicanos el medio de aumentar el derecho sin que se les pudiese reclamar [2]. La rapacidad de los arrendatarios excede á toda imaginación. Para pagar el impuesto, había provincias en que los padres se veían obligados á vender á sus hijos, y las ciudades vendían las ofrendas consagradas en sus templos, como los cuadros y las estatuas de los dioses; y si todo esto no bastaba, los desgraciados ciudadanos eran adjudicados como esclavos á sus desapiadados acreedores. Lo que sufrían antes de ser reducidos de este modo á la esclavitud, no es nada, comparado con los males que después les sobrevinían, y eran: ya los tormentos, las prisiones, los potros, ya la permanencia al aire libre, en donde durante el estío eran quemados por el sol, y durante el invierno, sumergidos en el lodo ó en el hielo 3.

Los gobernadores de las provincias cómplices comunes de los publicanos, cerraban los ojos y los favorecían ampliamente con su criminal silencio. Era preciso que la sed del oro fuese insaciable en todos aquellos hombres, y que hubiese se-

1 Cic. *ad Attic.*, VI, 2.

2 Tacit. *Annal.*, III, 51.

3 Plut. in Lucull., 35.

cado sus entrañas, para que cometiesen las exacciones y violencias de que está cargada su historia. En efecto, el Estado suministraba á cada gobernador de provincia, carros, mulas, navíos, tiendas, vajillas de plata, trigo, y todo lo que era necesario para un equipaje militar: 1 además, tenían á su disposición, para gastos de su misión y pagar su comitiva, una fuerte suma sacada del tesoro público. 2 En esta suma, llamada *vasarium*, estaban también comprendidas las gratificaciones para todas las personas de su séquito á quienes querían dárselas. 3 Para tener una idea de la magnificencia con que Roma hacia viajar á sus procónsules, es necesario saber que el *vasarium* de Pison, procónsul de Macedonia por el año de 696, fué de tres millones seiscientos sesenta mil francos! 4 (732,000 pesos.)

Parece que con esto habia para satisfacer la avaricia más ardiente. Desengañémonos; aun antes de entrar á sus provincias, se hacian pagar los gobernadores indemnizaciones legales en todos los lugares por donde pasaban. 5 En lugar de seguir el itinerario más corto, tomaban el más largo, para tener más ocasiones de repetir sus exacciones. 6 Una vez que llegaban á su gobernacion seguidos de una multitud de amigos y de criados, exigian sumas considerables para festines y otros gastos por el estilo; 7 éstos eran los más moderados. En cuanto á los demas, para satisfacer su rapacidad, la mayor parte de ellos creaba impuestos de todo género y vendian la justicia. 8 ¿No hizo Félix la barbaridad de tener injustamente á San Pablo en una

1 Cic. in Verr., 5; V. 32, Suet. in Aug., 26.

2 Cic. in Pison., 35; *pro Arch.*

3 Cic. in Pison., 35; *pro Arch.*

4 Cic. id., id.

5 Cic., *and Attic.*, V. 12.

6 Cic., in *Vatin.*, 5.

7 Plut., in *Cat.*, 15.

8 Cic. *pro Font.*, 78.

prisión durante dos años, para sacarle dinero? Y esto era solo un pecadillo en la vida de aquellos bajás corrompidos y ladrones, cuyo retrato nos ha dado el mismo Ciceron. «Enviamos á las provincias, exclama él á hombres capaces tal vez de rechazar al enemigo; pero cuya entrada á las ciudades de nuestros aliados difiere muy poco de la entrada de un enemigo á una ciudad tomada por asalto. 1 Todas las provincias gimen, todos los pueblos libres se quejan, todos los reinos gritan contra nuestra codicia y nuestras violencias. No hay de aquí al océano ningun lugar, por remoto ú oculto que esté, á donde no hayan penetrado la iniquidad y la tiranía de nuestros conciudadanos. El pueblo romano podrá contra las armas y las revoluciones, pero no contra las quejas del Universo.» 2 «¿Quién ha podido inducirte á la rebelion?—preguntaba Tiberio á un gefe de bárbaros.—Vos mismo, respondió él, que enviáis para guardar vuestros rebaños no perros, sino lobos.» 3 Esta palabra resume toda la historia de los procónsules romanos.

Dos rasgos acabarán de pintar esta opresion monstruosa, cuya idea nos es tan difícil concebir á nosotros los cristianos, así como tampoco comprender la sed de sangre que no podia extinguir las carnicerías del anfiteatro. Pues bien, por una ironía cruel, aquella tiranía todopoderosa de los gobernadores, se extendia hasta exigir que todos se diesen por contentos con ellos. Sí; cuando se habían engreido en una provincia, condenaban á todos sus desgraciados habitantes, á mandar solemnes diputaciones á Roma, para que allí diesen testimonio de su buena conducta, y llevasen

1 *Pro leg Mamil.*, 5.

2 Cic., in *Verr.*, III, 89.

3 Dio, lib. V, p. 653.

al Senado el panegírico oficial de sus opresores. 1

En seguida, añadiendo á la irrisión la más incalificable hipocresía, volvian á Roma aquellos espantosos concusionarios, cargados de oro, y pasaban sus ratos de ocio en componer tratados de moral, elegias sobre los vicios de su época, ó declamaciones contra la ambicion y la codicia de los grandes. ¿No es desde el fondo de sus jardines, cimentados con la sangre de la Numidia, desde donde el virtuoso Salustio escribia á César estas palabras: «El mayor bien que podeis hacer á la patria, á los ciudadanos, á vos mismo, á vuestros hijos, y en fin á todo el mundo, es destruir la pasión del dinero, ó debilitarla en cuanto lo permitan las oportunidades? Sin esto, es imposible, en paz ó en guerra, poner algun orden en los negocios, ya particulares, ya públicos; porque desde que la sed de las riquezas se apodera de nosotros, no son bastante á contenernos, los talentos, el espíritu, ni nada; el corazon mismo, más tarde ó más temprano, acaba por sucumbir.» 2 Ciceron, Séneca, Plinio el Joven, Caton, no hicieron otra cosa, pero esto no impide al último exclamar en el tono más patético: «Los ladrones particulares, pasan su vida entre cadenas y prisiones; los ladrones públicos entre el oro y la púrpura.» 3 Pero, basta ya; es preciso evitar, al escribir la historia antigua, el caer en hacer la biografía moderna. ¡Ojalá y puedan los pormenores que preceden, penetrarnos de reconocimiento hácia el Evangelio, y haciéndonos temblar santamente al recordar aquella loba romana, que durante tantos siglos, desgarró con sus dientes de fierro y pulverizó con sus piés de bronce, al género humano convertido en su presa!

1 Cic., *Ep. ad. famil.* III, 8.

2 *Epist.* 1, *and Cæs.*, 10.

3 Aul. Gell., XI, 18.

Bajando de las alturas del Quirinal, nos dirigimos despues hácia la iglesia de San Pedro ad Vincula. En nuestro itinerario se encontraba la antigua vía *Scelerata* en donde Julia, muger de Tarquino el Soberbio, hizo pasar su carro sobre el cadáver de su padre. Muchos recuerdos surgen de aquella parte del Esquilino, ocupada hoy por las dos iglesias de San Pedro y de San Martin de los Montes. Los baños de Tito, los de Trajano y de Adriano, el templo de Esculapio, edificado por Diocleciano, una parte de los jardines de Neron, recuerdan uno de los cuarteles más célebres de la antigua Roma. La iglesia que vamos á visitar debe su nombre y su celebridad, á las cadenas que el príncipe de los apóstoles llevó, como su divino Maestro, para dar libertad al mundo. Pasa por haber sido en su origen, un oratorio, dedicado por San Pedro mismo al *Salvador*. Fué quemada en el incendio de Neron, y destruida para dar lugar á los jardines de la Casa de Oro, y despues fué muchas veces restaurada. ¡Tan grande así era el interes de los cristianos en conservar, por un monumento perpétuo, el tránsito del Apóstol! La emperatriz Eudoxia, esposa de Valentiniano III, la mandó renovar completamente, y de aquí le viene el nombre de basílica Eudoxiana, que ha tenido muchas veces en la historia. Cambió este nombre en el de San Pedro ad Vincula, cuando recibió en depósito la doble cadena con que en Jerusalem habia sido cargado el Apóstol por Heródes, y en Roma por Neron. Más tarde hablaré de la época y de la historia de este hecho memorable. En este templo, uno de los más venerables del mundo, encuentran el artista y el cristiano, motivos para admirar y edificarse.

Ved aquí desde luego la antigua y milagrosa imagen de mosaico, de San Sebastian. La elegante inscripción colocada al lado del altar del mártir, dice que este al-